

Enfermedades del futuro



«Se puede predecir sin temor a equivocarse que las enfermedades infecciosas seguirán emergiendo y que nos esperan desagradables sorpresas». Así lo asegura el Instituto de Medicina de Estados Unidos en un informe dado a conocer esta semana. Si no se ponen en marcha los mecanismos necesarios, «esta situación podría conducir a una catastrófica tormenta de amenazas microbianas».

Si algo ha quedado claro tras la alarma mundial que ha generado el brote de la conocida como neumonía asiática es que la lucha contra estas patologías **debe ser coordinada desde una perspectiva internacional**. Tal y como refleja el citado trabajo, uno de los principales factores que favorecen la aparición de nuevos patógenos o el resurgimiento de antiguas dolencias es la extraordinaria movilidad de la sociedad actual, con continuos cambios **demográficos** y viajes que propician que virus y bacterias

no sean detenidos en ninguna frontera.

«Hoy en día, la interacción del hombre con la naturaleza es mucho más dramática que antes», asegura Luis Enjuanes, virólogo Centro Nacional de Biotecnología del CSIC (Madrid). Y es este «contacto directo del hombre con los lugares más **recónditos**» el que le hace vulnerable a nuevos agentes infecciosos. Pero no se trata de bacterias o virus que aparecen por arte de magia, sino que, en gran parte de los casos, un microbio que sólo afectaba a los animales ha evolucionado de tal forma que es capaz de infectar al hombre. Una vez que se ha producido la contaminación al hombre, la facilidad para viajar de la sociedad moderna contribuye a que «la difusión pueda ser explosiva», asevera este especialista.

Los microbios se caracterizan por su enorme capacidad de adaptación al medio en el que viven. Esto fomenta su creciente resistencia a los fármacos y la adquisición de un mayor potencial infeccioso. A este rasgo propio de virus y bacterias se añaden las condiciones en que se desarrolla la vida del ser humano. [...]

Otro factor implicado es el desarrollo económico, tecnológico e industrial. Por ejemplo, el uso de **antibióticos** en animales ha contribuido al aumento de las enfermedades infecciosas al propiciar las **resistencias bacterianas**. Las medidas de salud pública, la pobreza, la desigualdad social, el hambre, la guerra y el desarrollo de armas biológicas completan el panorama de posibles explicaciones.

Respecto al último punto, los autores del informe aclaran que cabe preguntarse si el verdadero peligro se encuentra en el uso de virus o bacterias como armas. Lo cierto es que «cientos de personas mueren cada hora como

consecuencia de infecciones naturales, mientras que, hasta el momento, los ataques biológicos efectuados a gran escala únicamente han constituido un riesgo teórico».

El control de las patologías emergentes depende en gran medida de la identificación de los agentes causales. Cuando se trata de bacterias, la búsqueda es más sencilla, ya que su tamaño permite que sean fácilmente observadas. En cambio, los virus solo pueden ser percibidos con microscopía electrónica, que requiere una preparación más compleja de las muestras. También se utilizan técnicas bioquímicas como el análisis serológico con **anticuerpos** específicos.

En cualquier caso, una bacteria puede ser identificada en cuestión de horas, pero el proceso de detección de un virus puede prolongarse considerablemente.

A la labor de búsqueda del agente infeccioso debe añadirse un adecuado seguimiento epidemiológico. Antoni Trilla, director de la Unidad de Evaluación, Soporte y Prevención del Hospital Clínic de Barcelona, considera que «la situación de las redes de vigilancia en la Unión Europea y España es **manifiestamente** mejorable», ya que se basa casi exclusivamente en el intercambio de información entre los distintos países. El modelo a seguir, según Trilla, son los Centros para el Control de Enfermedades (CDC) de EEUU, que cuentan con **equipos multidisciplinares** de expertos en enfermedades infecciosas [...].

El informe estadounidense subraya la necesidad de tomar medidas para evitar epidemias de consecuencias nefastas: «La magnitud y urgencia del problema requiere una preocupación y un compromiso renovado», concluye.

María SÁNCHEZ-MONGE
www.elmundo.es